



El Excmo. Sr. Ministro de la Vivienda, D. José Luis de Arrese, habla para los arquitectos españoles en las páginas de "Cuadernos de Arquitectura"

¿Qué opina de la técnica de la construcción?

Indudablemente vivimos con retraso en nuestro país, su transformación es lenta, en parte principal por querer conservar tradiciones constructivas que o hay que abandonar o han de renovarse totalmente.

Contrariamente, en mecánica los avances han sido rapidísimos. La primera máquina de Newcomen no sobrevivió un siglo; la máquina de Watt, origen de la era mecánica, fue reemplazada por una nueva máquina de más rendimiento; no hablemos de la rapidez de la construcción de automóviles, ni de la fabricación de lámparas incandescentes, que en una hora de trabajo humano realizan hoy tanto como tres mil horas de trabajo en 1914. En la fabricación de ladrillos, que durante cientos de años se ha seguido una rutina tradicional, fabricando 450 ladrillos medios por día y hombre, hoy una fábrica moderna produce más de cien veces, o sea 45.000 ladrillos por día y por productor.

Lo mismo podríamos decir de las puertas y otros elementos de construcción.

Toda la evolución de la técnica de la construcción ha de encaminarse en producir más y mejor, representando una economía en la construcción de la vivienda.

Pasados estos años de prosperidad en el ramo de la construcción, ¿no hay peligro del paro profesional?

En las Escuelas Técnicas Superiores de Arquitectura hay más alumnos que antes y es preocupación del Ministerio y mía preparar nuevos campos de actividad profesional, que no podemos enfocar en los momentos actuales. Son miles de pueblos españoles que hay que renovar y dotar de elementales servicios urbanísticos de que hoy carecen, evitando con un mejor y más bello ambiente la emigración a las ciudades.

Es una labor de sacerdocio profesional que corresponde a los jóvenes arquitectos, hay que crear un espíritu cívico en los pueblos y elevar su rango para que sus habitantes estimen a su pueblo y sepan enseñar a los demás a estimarlo.

La industrialización del campo y los pueblos, mejorando su nivel de vida, es el primer paso hacia esa meta ideal.

¿Cree que la vivienda va mejorando?

La transformación es lenta porque va empujada por el aumento de nivel de vida que exige una mayor cultura y crea nuevas necesidades sociales. Hoy la casa del productor es ya diferente en su planta de la de hace treinta años. El Papa Pío XII, de gloriosa memoria, que distinguió su actividad papal por el amor que sentía para los problemas sociales, dijo: «La casa, en su sentido cristiano, es hogar, santuario, escuela, taller y albergue».

La casa no es un problema solamente técnico, sino que antes, es un problema humano y, como tal, un problema social y económico.

No se trata sólo de arquitectura, sino de que la vivienda sea integral; es decir, hogar y el espacio que le rodea, que tiene ya tanta importancia como la propia casa. Rodear la casa de espacios verdes, que trasciendan o influyan en el hogar para dar alegría de vivir a sus habitantes.

He aquí la responsabilidad inmensa de los arquitectos en la hora actual.

Si no recuerdo mal, Sr. Ministro, ¿ha hablado alguna vez del arquitecto-sociólogo?

Sí, realmente la función del arquitecto invade el campo de la sociología — porque Dios ha puesto en sus manos la augusta misión de hacer hogares —, es el encargado de ejecutar gran parte de la sociología que consiste en distinguir lo que hay de masa y número en los pueblos para no caer en lo uno ni en lo otro y, conjugando la libertad del hom-

bre con su conveniencia, canalizar la corriente demográfica de las emigraciones hacia las nuevas fuentes de riqueza y de trabajo.

¿Cree V. E. que la actuación del arquitecto ha pasado de la técnica de la Arquitectura a la de la función social y económica?

Son facetas que no pueden separarse. Precisamente, la creación del Ministerio de la Vivienda fue consecuencia de la intuición del Caudillo al ver la necesidad de juntar cosas tan esenciales, que han de caminar unidas, el suelo y la vivienda, era algo que España necesitaba con angustia.

Antes, cuando el crecimiento de las ciudades se realizaba alargando unas calles o cuadrículando un ensanche, el urbanismo se reducía a construir un alcantarillado o alinear las casas a lo largo de las aceras y hacer coincidir las cornisas en una disciplina de altura, la arquitectura se convertía en una mayor o menor preocupación decorativa de la fachada.

Pero hoy, ni la arquitectura se basa en la moldura, ni el urbanismo en la sanidad o en la maraña de unas vías de circulación; ambas cosas se enlazan «hasta formar la una algo así como el paisaje de la otra».

Pero no fue la necesidad de juntar estas dos facetas en manos de un solo Ministerio: hay algo más fundamental, y es que viviendo como vivimos, un siglo de convulsión social, necesitamos tener un concepto unitario y abierto de la vida, y para ello el arquitecto tiene que sentirse, además de arquitecto, artista, sociólogo encajado en la trascendencia de una etapa histórica.

¿Cree, Sr. Ministro, que los arquitectos han de ir a la especialización?

La misión del arquitecto es tan amplia y abarca actividades tan distintas, que indudablemente en los próximos años se impondrá por sí misma una especialización, como ha pasado con la medicina. Todos los arquitectos pueden ser buenos urbanistas, pero vivimos unos momentos de transformación de las ideas clásicas de construcción de ciudades. El Urbanismo exige la colaboración de otras ramas del saber, como son la Sociología, la Higiene, la Estadística. Cada día se impone más la formación de equipos que enfoquen los problemas de la ciudad, en todos y cada uno de sus variados aspectos, bajo la dirección suprema del Arquitecto.

Sr. Ministro, ¿en España faltan arquitectos?

En España hay unos 1.500 arquitectos, cuyas dos terceras partes se concentran en Madrid y Barcelona; en cambio, faltan arquitectos en muchas provincias españolas.

Si exceptuamos Madrid y Barcelona — 3.800.000 habitantes —, tendremos que para los 26.200.000 habitantes restantes sólo hay 500 arquitectos.

Toda población superior a 10.000 habitantes, debería tener un arquitecto titular, pero las grandes ciudades atraen a los recién salidos de las Escuelas Superiores de Arquitectura.

¿No cree, Sr. Ministro, que debería hacerse obligatoria a todos los municipios de más de 10.000 habitantes el tener su arquitecto? ¿Y que debería pensarse en dar salida a los jóvenes arquitectos al terminar sus estudios?

Es difícil contestar rápidamente a esta pregunta. ¿No sería preferible que los Colegios de Arquitectos se dirigieran al Ministro y éste al Gobierno, para que, recogiendo sus sugerencias en lo que fueran realizables, las convirtiera en preceptos legales, abriendo un amplio campo de actividad profesional para los recién salidos de las Escuelas?

R. G. C., Arq.